



DISCURSOS

PRONUNCIADOS EN EL ACTO DE
INVESTIDURA COMO DOCTOR "HONORIS CAUSA"
DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR

FRANCISCO AYALA GARCÍA-DUARTE

UNIVERSIDAD DE GRANADA
MCMXCIV

DISCURSOS

PRONUNCIADOS EN EL ACTO DE
INVESTIDURA COMO DOCTOR "HONORIS CAUSA"
DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR

FRANCISCO AYALA GARCÍA-DUARTE

UNIVERSIDAD DE GRANADA
MCMXCIV

DISCURSOS

PRONUNCIADOS EN EL ACTO DE
INVESTIDURA COMO DOCTOR "HONORIS CAUSA"
DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR

FRANCISCO AYALA GARCÍA-DUARTE

b: 11142728
i: 15221076



UNIVERSIDAD DE GRANADA
MCMXCIV

DISCURSO DE PRESENTACIÓN
POR EL DOCTOR DON ANTONIO SÁNCHEZ TRIGUEROS
CATEDRÁTICO DE TEORÍA DE LA LITERATURA DE LA
UNIVERSIDAD DE GRANADA
CON MOTIVO DE LA INVESTIDURA DEL DOCTOR DON

FRANCISCO AYALA GARCÍA-DUARTE

© UNIVERSIDAD DE GRANADA. DISCURSOS ACTO DE
INVESTIDURA DOCTOR «HONORIS CAUSA».
Depósito legal: GR/420-1994. Edita e imprime: Servicio
de Publicaciones de la Universidad de Granada. Campus
Universitario de Cartuja. Granada.
Printed in Spain *Impreso en España*

Excmo. Sr. Rector Magnífico
Excmos. e Ilmos. Sres. Vicerrectores y Decanos
Claustro de Doctores de la Universidad de Granada
Excmas. e Ilmas. Autoridades
Señoras y Señores:

A finales de la década de los sesenta, cuando ya hacía varios años que don Francisco Ayala desde su exilio americano venía prodigando paulatinamente su presencia en España, un señalado grupo de escritores encabezados por Vicente Aleixandre, Dámaso Alonso y Antonio Buero, decidieron publicar en la prensa del momento una salutación cuyas primeras palabras afirmaban con rotundidad que la recuperación de Francisco Ayala para la vida cultural española significaba un acontecimiento que se complacían en destacar ante la opinión pública. En efecto, con acierto y valentía hablaron de acontecimiento y al hacerlo no se dejaron llevar sencillamente por su pasión personal de lectores del narrador Ayala, pasión que tantos en España compartíamos a despecho de la censura que imponía la España oficial de entonces, y así, desde aquel momento de los silencios impuestos hasta la realidad de las libertades de hoy, el acontecimiento se transformó afortunada y progresivamente en hábito cultural, el escritor se fue reintegrando en nuestra vida intelectual,

empezaron a aparecer en España sus obras publicadas en el exilio, el gran público lector descubrió su original escritura, aumentó de forma más que importante la bibliografía española sobre su obra y, al tiempo que veían la luz los números de homenaje de revistas especializadas, se fueron sucediendo después los justos honores y distinciones (Premio de la Crítica, Premio Nacional de Literatura, Académico de la Real Academia Española, doctor *honoris causa* por la Universidad Complutense, Premio Nacional de las Letras Españolas), así como sobrevino el interés generalizado por conocer de cerca a un escritor que empezaba a ser definido como hoy se le conoce: modelo de intelectual crítico, libre y comprometido con el hombre de su tiempo.

En este sentido, si recordamos ahora lo sucedido sólo en los últimos tres años, en lo que va de noviembre de 1991 a este mayo de 1994 la figura de don Francisco Ayala ha seguido ocupando el centro del mayor interés en el amplio espacio de la vida cultural española: por ejemplo, en la capital de España, en la capital de Andalucía y ahora, una vez más, en la Granada de sus raíces. Así, casi vertiginosamente se han sucedido el Premio Cervantes de Literatura, Exposición sobre su vida y su obra en la Biblioteca Nacional, Simposio en Granada sobre su actividad teórica y crítica, Curso de la Universidad Complutense en El Escorial dedicado al conjunto de su obra, Semana de homenaje y estudio en la Universidad de Granada, Ciclo de conferencias con motivo de la concesión del doctorado *honoris causa* en la Universidad Hispalense y ahora de nuevo en Granada la investidura de doctor por la Universidad de su ciudad natal, cuyo Claustro aprobó en el pasado diciembre la propuesta del Departamento de Lingüística General y Teoría de la Literatura, a la que de inmediato se habían adherido los Departamentos de So-

ciología y Psicología Social, Filología Española y Filología Románica.

Toda esta actividad febril de los últimos años es la mejor prueba del interés que ha despertado siempre la obra de don Francisco Ayala, con todo lo cual no se viene sencillamente a enriquecer la lectura de una obra que es rica por sí misma; con todo esto nos queremos situar también nosotros en el lugar del compromiso crítico por mantener el fuego alrededor de una obra de calidad y por persuadir (y cuán fácil se nos hace) a las nuevas generaciones de jóvenes lectores a que disfruten con unos textos plenos de actualidad como nosotros hemos disfrutado con ellos y los proyecten, más allá del puro goce estético que magistralmente nos procuran, hacia la reflexión sobre la condición humana, que es uno de los grandes motivos de su escritura y de su preocupación como intelectual.

Porque permítanme que recuerde de nuevo hoy que don Francisco Ayala entre otros muchos y relevantes oficios ha ejercido con sinceridad proverbial de crítico lúcido y libre ante los más variados y distintos aspectos de la realidad. Conviene no olvidar, pues, que la riquísima personalidad de Ayala, imposible de encasillar y clasificar, trasciende los límites de la creación literaria, su actividad más conocida, para situarse en el lugar del intelectual crítico, que sin ningún tipo de ataduras y con coherencia y empeño ha seguido de cerca y explicado con rigor las evoluciones de la realidad cultural, política y social de nuestro tiempo. Y algo tendrá que ver en ello su sólida formación sociológica, que en plena juventud le hizo posible acceder a la Cátedra de Derecho Político de la Universidad de Madrid. En los días que siguieron a la concesión del Premio Cervantes a don Francisco, desde las columnas de un diario nacional el profesor Mainer

afirmó en relación a su figura que si la categoría de intelectual no anduviera ya muy venida a menos, se podría decir que el calificativo de intelectual es el que conviene mejor a nuestro Francisco Ayala. Yo, por mi parte, dándole la vuelta a ese razonamiento, me permito añadir a aquellas palabras que hombres como don Francisco son los que vuelven a ennoblecer ese admirable calificativo de intelectual, que él ha contribuido a limpiar de falsas cuando no extrañas adherencias.

Una característica de Ayala, en la que coincidimos los que lo conocemos, es su permanente estado de atención hacia todo lo que ocurre a su alrededor. Como narrador, como crítico, como ensayista, como articulista, como sociólogo, ha estado siempre atento a las resonancias de su época. Y en él esto no es algo derivado de la simple curiosidad, sino que, si lo decimos con sus propias palabras, esa permanente atención es el producto de la "angustia metafísica del ser que se pregunta acerca de sí mismo y acerca del mundo en cuyo seno se encuentra". Preguntas, pues, preguntas antes que respuestas, preguntas que tratan de desvelar el sentido histórico del hombre, el sentido de una época, el sentido de una conducta, el sentido de una obra literaria, de una imagen, de una escultura, de una noticia, de una palabra, de un gesto: preguntas sobre el sentido, búsquedas del sentido de lo grande y lo pequeño, de lo que parece significativo, que lo es menos, y de lo que parece insignificante, que resulta no serlo a través de sus análisis.

Tenemos, pues, delante de nosotros ante todo y sobre todo a un intelectual de nuestro tiempo, un intelectual liberal de espíritu joven y abierto que hoy se nos revela narrador, pasado mañana crítico literario, ayer sociólogo,

muchas mañanas articulista de opinión sobre los más diversos aspectos de la vida contemporánea, a la hora del mediodía ameno sujeto entrevistado, por la tarde unas veces memoria viva de su paso por el mundo y otras académico que discute sobre un uso lingüístico, en las noches de su juventud crítico de cine, anteaer profesor de derecho político y de sociología, hoy y casi todos los días profesor de literatura española, dentro de un momento, como tendremos la oportunidad de comprobar una vez más, conferenciante magistral, tan ameno como profundo, y por encima de todo y siempre un humanista. Amplísimo es, pues, el campo de acción desplegado por el intelectual granadino, y a este propósito quiero afirmar además que cualquiera de estas actividades le harían merecedor del grado que hoy le otorga la Universidad de Granada, que tanto se ha honrado a sí misma con esta decisión.

Rica en calidad y rica en variedad, la obra de don Francisco Ayala, cuyos valores cuantitativos con ser sin duda impresionantes me parecen anecdóticos comparados con la calidad y variedad a que acabo de aludir, se nos presenta caleidoscópica por el número de aspectos y géneros que a lo largo de más de sesenta y cinco años, desde su juventud hasta hoy, ha sabido tocar con maestría: una veintena de obras narrativas con frecuencia renovadas en sus múltiples ediciones, más de veinte libros de teoría y crítica literaria, dos decenas de volúmenes dedicados a estudios sociológicos, un buen número de traducciones de obras literarias y sociológicas y cientos y cientos de artículos aparecidos en revistas culturales y en los diarios más prestigiosos de España y América. Y esto sólo en lo que se refiere a su obra escrita, porque hay que hacer un especial hincapié, que en este acto tiene todo su sentido, en sus relevantes méritos como profesor

de literatura siempre admirado en Universidades del continente americano, pues don Francisco siempre se ha ufano con razón de no haber querido ser un escritor profesional de una novela por año, y sí de haber vivido de su cátedra, de su verdadera vocación de profesor; de ello pueden dar testimonio las Universidades del Litoral, en Argentina, de Río Piedras, en Puerto Rico, y de Princeton, New Brunswick, Bryn Mawr, New York University, Chicago y Brooklyn College, en Estados Unidos. Y con esto tenemos ya dibujado en síntesis el perfil de don Francisco Ayala, un perfil completo pero no terminado y todavía abierto a la sorpresa.

Una vez señalada la rica complejidad de la personalidad de don Francisco me van a permitir que con la brevedad que se me requiere centre mi *laudatio* en los dos aspectos que, directamente relacionados con el trabajo de nuestro Departamento, justificaban nuestra propuesta: el Ayala narrador y el Ayala crítico.

Sin ningún género de dudas para los lectores hispánicos de Ayala primero está el novelista de primerísima categoría y de la más clara estirpe cervantina, un narrador que ha merecido el juicio unánime de clásico en vida, el relator que nos fascina, que nos hechiza con sus historias y con el fuego de su arte verbal, el que (utilizo aquí el verso de Mallarmé) *da un sentido más puro a las palabras de la tribu*, el que mejor ha sabido conjugar la maestría de Miguel de Cervantes con la escritura de vanguardia, dos estímulos constantemente presentes en su obra desde sus relatos de específica inspiración orteguiana hasta las piezas cambiables y cambiantes de *El jardín de las delicias*, una de las obras más claramente vanguardistas de los últimos sesenta años de la narrativa española.

Pero todo empezó en 1925, cuando aparece en Madrid *Tragicomedia de un hombre sin espíritu*, una novela primeriza que provocó la crítica elogiosa de Enrique Díez-Canedo, el mejor aval con el que podía soñar su autor. El volumen iba firmado por un joven granadino de 1906, casi recién llegado a la capital, nacido (muy cerca de este noble edificio donde nos encontramos) en la casa familiar de la calle Canales, entrevistado jardín de uno de sus bellos relatos. Por cierto no deja de tener interés recordar aquí que un año antes había fallecido su abuelo materno don Eduardo García Duarte, catedrático que fue de la Facultad de Medicina y rector de esta Universidad (su retrato figura en la sala noble del primer piso), relación que añade un dato especialmente entrañable a este acto académico. En 1926 una nueva tentativa novelística, *Historia de un amanecer*, indicaba que el joven granadino, en su insistencia, se ha decidido a compaginar su vocación jurídica con la dedicación a la literatura.

A partir de aquí y al abrigo del magisterio de Ortega se desarrolla en Ayala una etapa de captación y asimilación de *ismos* (futurismo, neogongorismo, expresionismo, surrealismo); a ella corresponden una serie de relatos “cuya base de experiencia —al decir del mismo Ayala— se reducía a cualquier insignificancia, o vista o soñada, desde la que se alzaba la pura ficción en formas de una retórica nueva y rebuscada, cargada de imágenes sensoriales”, que trataba de explotar los valores literarios más cotizados entonces, a saber: “el balbuceo, la imagen fresca, o bien el jugueteo irresponsable, los ejercicios de agilidad, la eutrapelia, la ocurrencia libre”. Son los relatos reunidos en *El boxeador y un ángel* (1929) y en *Cazador en el alba* (1930), cualquiera de cuyas páginas nos pueden servir de ejemplo para ver que ya desde el principio de su escritura Ayala anuncia una concepción

de la prosa narrativa, que, cercana a la poesía vanguardista de entonces, rompía sin duda con el concepto mismo de novela. A partir de 1931 y después de estos juegos prosísticos cuajados de metáforas, el escritor granadino enfunda su pluma literaria y se calla; él mismo ha explicado las razones que le impulsaron a ello: "Todo aquel poetizar florido, en que yo hube de participar también a mi manera, se agostó de repente; se ensombreció aquella que pensábamos aurora con la gravedad hosca de acontecimientos que comenzaban a barruntarse, y yo por mí, me reduje a silencio".

Llega después la guerra civil y el exilio (Francia, Cuba, Chile, Argentina, Brasil, Puerto Rico, Estados Unidos), y Ayala dedica todos sus esfuerzos reflexivos de los primeros años de destierro a la meditación sobre España, sobre el destino de la patria perdida, y las raíces del último desgarramiento, la guerra civil, punto culminante de un pasado histórico que, según el escritor granadino, la fue gestando. Esa obsesión por España, por su pasado y por su trágico presente, tiene su escenificación en una etapa narrativa marcada por el tema de la guerra civil española; así, *Los usurpadores* (1949) y *La cabeza del cordero* (1949) representan el pasado y el presente español tratado en forma novelesca, donde el esteticismo anterior ha dado paso a un lenguaje impregnado de angustioso, patético y desencantado pesimismo sobre la naturaleza humana. Ya el título del primer conjunto de relatos es significativo y abre paso a una serie de narraciones que, profundamente unidas entre sí, se apoyan en personajes históricos cuyo común denominador es la usurpación y la violencia, usurpación que, para Ayala, es el simple ejercicio del poder del hombre sobre otro hombre. En *La cabeza del cordero* Francisco Ayala aborda, sin distanciamientos simbólicos, directamente, el tema de la

guerra civil en cuatro relatos donde insiste en su planteamiento de que la semilla de la guerra se alberga en el corazón humano y surge de las pasiones desencadenadas con la inexorabilidad de la tragedia griega; por eso, en este volumen va a bucear en los procesos psicológicos de los personajes, constituyendo magníficos análisis de la naturaleza humana.

De 1955 es *Historia de macacos*, donde el testimonio del escritor se abre a más amplios horizontes tomando conciencia sarcástica de la sociedad americana que lo rodea, y en este sentido hay en el volumen algunas historias que son ya tanteos de sus inmediatas novelas americanas, las dos novelas de su consagración, ya hoy verdaderos clásicos contemporáneos: *Muertes de perro* (1958) y *El fondo del vaso* (1962), dos libros en contraste que se complementan y constituyen en la crónica ácida, irónica y grotesca del derrumbamiento de una típica dictadura centroamericana y de sus secuelas, a través de la cual enfoca el terrible espectáculo universal de la degradación, envilecimiento y descomposición social y moral a que puede llegar el ser humano.

Vuelve después Ayala a los relatos cortos (*El As de Bastos*, *El rapto*, entre otros), con los que reafirma una vez más su inspiración cervantista y su voluntad crítica ante la disolución primitivista de ciertos valores sociales en la vida contemporánea. Y con ellos nos encontramos ya a las puertas de la publicación de *El jardín de las delicias* (1971), obra vanguardista como la que más, que, estructurada sobre los paneles laterales del gran tríptico del Bosco, se compone como un conjunto de variadas y heterogéneas piezas narrativas complejamente relacionadas entre sí y articuladas, sólo en principio, alrededor de las imágenes contrapuestas, ya diabólicas ya paradisíacas,

que la experiencia y contemplación del mundo nos ofrecen. Una obra que sigue abierta, como demuestra su última aparición en el grueso volumen de la *Narrativa completa* (1993) de Francisco Ayala.

Y, como coronación de sus textos narrativos, ahí están los tres volúmenes de sus memorias, *Recuerdos y olvidos*, a cuyo servicio pone Ayala lo mejor de su arte y dominio de las técnicas literarias y donde podemos además saborear muchas páginas deliciosamente granadas.

En el principio, pues, está el narrador, pero a partir de esa constatación, refrendada por una abundante y calificada bibliografía, hay que considerar también la importancia de su obra teórica y crítica, una obra que, como sabemos, es leída y seguida con enorme interés en los ambientes universitarios y especializados. Así, dentro de sus actividades reflexivas, y en íntima relación con sus intereses de escritor y sus preocupaciones como docente, ocupan un lugar importante sus indagaciones teóricas y críticas sobre cuestiones literarias, y muy en concreto sobre la que ha sido su actividad primaria: la producción narrativa. Muchas son las páginas que hasta el momento presente ha dedicado a este tipo de reflexiones, desde aquellas colaboraciones de su juventud en la *Revista de Occidente*, de Ortega y Gasset, y *La Gaceta Literaria*, de Giménez Caballero, hasta sus gruesos volúmenes de ensayos literarios, periódicamente reeditados hasta hoy; trabajos que, además de explicar importantes aspectos de su propia obra, reúnen el valor intrínseco de plantearse preguntas claves que se sitúan en el centro de las preocupaciones de la teoría literaria contemporánea.

Desde hace muchos años, teóricos y críticos del hispanismo mundial venían señalando con vehemencia y reitera-

ción que el aspecto menos estudiado de la obra de Ayala era su actividad crítica; pese a que, desde el comienzo de su carrera literaria, esta dedicación ha sido continuada y fecunda, y hoy esa labor forma un conjunto abundante de páginas de las que no podrá prescindir quien se proponga estudiar en serio la teoría y la crítica literaria de nuestro tiempo. Y entre ese conjunto destaca con nitidez su atinada visión de los problemas estructurales de la narrativa y sus geniales intuiciones críticas sobre nuestros novelistas clásicos y posteriores cultivadores del género: son páginas inolvidables sobre *El Lazarillo*, Cervantes, Quevedo, Galdós o Unamuno. Sobre este Ayala teórico y crítico nuestro Departamento promovió un Simposio en 1991, cuyas actas representan una aportación creo que decisiva al tema y una respuesta sólida a los deseos que venía expresando la crítica hispánica.

Pero aún habría que destacar en el teórico y crítico Francisco Ayala, como muchos lo han hecho y es fácil de comprobar, su claridad expositiva y su defensa práctica, hasta la militancia, del carácter humanístico de la función crítica, lejos de dogmatismos y esoterismos: es la función mediadora de la crítica; porque Ayala, siguiendo las abundantes sugerencias de su maestro Ortega, ve en la crítica una misión espiritual de abrir el acceso a las grandes obras de arte y de invitar a todo lector a participar en la experiencia estética a través de todos los enfoques rigurosos posibles.

Por otra parte (y en relación con la referencia que hice antes a su preocupación general por el sentido) en su actividad como crítico ocupa un interés fundamental la búsqueda del sentido literario, con lo que se sitúa en el centro de uno de los problemas nucleares de la teoría contemporánea; y más todavía por su manera crítica y

dialogica de plantearlo, porque en el conjunto de su obra observamos la existencia de una permanente tensión entre la posibilidad e imposibilidad de encontrar el sentido pleno y único: la posibilidad de que la obra literaria sea o no portadora de una verdad que nos incita a su búsqueda. Y esa preocupación crea en la obra de Ayala un rico espacio de contradicciones en el que se produce el enfrentamiento entre sentido pleno y sentido vacío, entre el sentido único y el plurisentido, enfrentamiento entre la posibilidad de encontrar en la obra literaria una sola verdad, varias verdades o simplemente un hueco de sentido, un agujero negro.

Un sencillo ejemplo de esa tensión nos lo encontramos en *La cabeza del cordero*: primero en el "Proemio", donde, junto a una clara voluntad autorial de orientar al lector hacia el sentido del texto, se expresa también el reconocimiento de la falibilidad y contingencia de la interpretación que el autor da de su propia obra; después en el relato titulado "El mensaje", que no es sino una metáfora de la interpretación, pues el texto cuyo sentido se busca, permanecerá definitivamente indescifrable; este relato sería, pues, el espacio en el que colisionan el empeño por la búsqueda del sentido y la imposibilidad de encontrarlo.

Al oír esta referencia alguien podrá decir que en realidad estoy hablando no de un texto crítico sino de un texto narrativo de Ayala; y ello es cierto, pero es que al hilo de este ejemplo quiero señalar una particularidad de Ayala, la de que su interés por la actividad crítica, y por la reflexión sobre la misma, le ha llevado con mucha frecuencia a descubrirla en el mismo centro de sus relatos y novelas. Ya el profesor Domínguez Caparrós nos descubrió que en *Muertes de perro* se contiene toda una

teoría de los estilos, y yo mismo he dedicado algunas páginas a probar cómo la actividad crítica llega a constituirse en principio constructivo de *El hechizado* (1944), uno de sus más celebrados relatos. No voy a repetir mis argumentaciones; me limitaré ahora a concluir que muchos mecanismos de la actividad crítica quedan al descubierto, si leemos ese texto como una metáfora de la escritura, de la crítica y de la lectura; lo que nos acerca una vez más al universo de las que son las preocupaciones más profundas de la crítica contemporánea.

Hace unos años, en plena polémica sobre el sentido, un maestro de la semiótica escribió que "sólo podemos sacudirnos el problema enojoso del sentido mediante su aplazamiento", y Ayala lo que hizo muy prematuramente, en 1944, fue escenificar la cuestión en el escueto espacio de un relato corto como es *El hechizado*, donde el problema del sentido no se resuelve sino que queda suspendido: el ser del sentido del texto sería ser un problema cuya solución sea siempre aplazada, y ahí es donde residiría la necesidad de generar la escritura como un espesor que posterga indefinidamente la solución y que construye el tejido que delimita el vacío.

Pero también, en este inmenso juego de interpretaciones que suscita ese relato, me atrevo a decir que Ayala escenificó premonitoriamente en él lo que tanto ha practicado después él mismo como crítico y que ahora algunos llaman crítica dialógica, en el sentido reciente de que la crítica debe ser diálogo, encuentro de dos voces, la del autor y la del crítico; encuentro en el que finalmente, y por más que hayan intentado el juego de las usurpaciones, ninguna acabe detentando un definitivo privilegio sobre la otra, ninguna acabe borrando a la otra. Es la crítica como encuentro, que no elimina su propia voz crítica ni

la voz del autor del texto, que las mantiene separadas, diferenciadas, sin dar como resultado una voz definitivamente híbrida.

Tenía razón Adolfo Bioy Casares cuando, como miembro del jurado que concedió el Premio Cervantes a Ayala, dijo aquello de que “sólo uno de sus cuentos vale la gloria que se merece”; porque con este relato plenamente dialógico en su sentido más actual, con esta perla narrativa, metacrítica, apasionante y fascinante, Ayala dio una lección vivísima y clarividente de teoría contemporánea en el mismo espacio problemático del texto literario.

Y termino ya esta apretada síntesis de algunas de las imágenes de Francisco Ayala, un hombre poliédrico, rico de ideas, lúcido siempre, pleno de sugerencias sobre todo lo que le rodea, crítico agudo, grave, irónico y aun sarcástico, pero también crítico amable y flexible tanto como firme en las más íntimas convicciones que le sirven de norte y guía. Este es Francisco Ayala. Y nosotros hemos tenido la inmensa suerte de ser sus contemporáneos y poder así seguir de cerca sus movimientos, sus pasiones y las evoluciones de una obra siempre sorprendente y fascinante, que como he repetido en varias ocasiones, ha creado alrededor de sí un horizonte de expectativas lectoras nunca defraudadas por quien, como él, no se ha permitido ni una concesión a la galería ni un altibajo a lo largo de su dilatada trayectoria, la dilatada y fructífera trayectoria de un intelectual español que ha conseguido construir una escritura universal.

Por todo ello aquí y ahora reitero la solicitud de concesión del doctorado *honoris causa* por la Universidad de Granada a este, pues, granadino universal que con pres-

tancia de hombre joven conserva la espalda enhiesta y la mirada aguda frente al mundo, al que no ha dejado nunca de amar.

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL DOCTOR DON
FRANCISCO AYALA GARCÍA-DUARTE
CON MOTIVO DE SU INVESTIDURA
COMO DOCTOR "HONORIS CAUSA"

Excmo. Sr. Rector Magnífico
Excmos. e Ilmos. Sres. Vicerrectores y Decanos
Claustro de Doctores de la Universidad de Granada
Excmas. e Ilmas. Autoridades
Señoras y Señores:

Al recibir en mi ciudad natal el grado de doctor *honoris causa* que tan generosamente su Universidad se ha dignado otorgarme, cuanto pudiera decir en expresión de mi agradecimiento sería poco comparado con el sentimiento que lo inspira. Granada es mi patria en el sentido más genuino y propio de la palabra. Aunque hoy suela extenderse el concepto de patria al conjunto del Estado político, en los siglos de oro ese concepto era entendido, con mayor propiedad, en su aplicación estricta al lugar del nacimiento; y así, puedo bien decir yo que mi patria es Granada, tal como el personaje cervantino don Álvaro Tarfe declaró a don Quijote. Siempre he insistido en afirmar mi creencia de que el “paisaje materno”, esto es, la revelación del mundo al que abre uno los ojos al nacer para ir descubriéndolo y reconociéndose en él poco a poco durante la niñez y adolescencia, marca de manera indeleble, definitiva y permanente los rasgos de cada

personalidad. Las fronteras del Estado se aprenden en los mapas; su historia se estudia en los libros; pero los límites de la experiencia viva a que el muchacho alcanza son los del lugar de su nacimiento y crianza (en mi caso, los de esta ciudad y sus inmediatos alrededores), y el conocimiento que adquiere del pasado es el que está adherido a las calles, los edificios, los monumentos, y a los relatos oídos de viva voz en casa dentro de una tradición familiar. Mi condición de granadino --y así lo he declarado más de una vez-- es una condición íntima, esencial, que siempre ha rehusado manifestarse con retóricos alardes.

En cuanto a esta Universidad que hoy me honra, cierto es que las circunstancias de mi vida, con el traslado de mi familia a Madrid, impidieron que cursara en ella mis estudios, como de otro modo hubiera sido lo normal y esperable; pero aun así, no podía dejar de sentirla como mi propia *alma mater*: un retrato de mi abuelo materno don Eduardo García Duarte, que fue un tiempo su Rector, figura en la galería de quienes antes y después de él lo han sido; y sendas cátedras ocuparon también en sus aulas uno de mis tíos y uno de mis primos. El honor que hoy me concede esta Casa significa, pues, para mí, en cierto modo y si se me permite esta licencia, más un regreso que un ingreso a su seno.

Quisiera en esta oportunidad distraer la atención de ustedes durante algunos minutos con ciertas reflexiones acerca de problemas relativos a la dedicación literaria en que he debido emplear los largos años de mi prolongada existencia. Y habrán de perdonarme que me atreva a solicitar su atención hacia el ámbito de las que son personales preocupaciones mías. Lo hago, pues, creyendo contar con su venia.

Saben quienes me conocen que, en mis tiempos estudiantiles de Madrid, inicié muy joven todavía una carrera académica y literaria que la guerra civil vendría a interrumpir. Consecuencia de esa guerra fue para mí el exilio; y muy en seguida, apenas comenzada la década de los años 40, redacté en Buenos Aires un ensayo que publicaría cierta revista de México, y cuyo enunciado era *Para quién escribimos nosotros*. Fue éste un texto muy reproducido luego, y que tuvo por entonces amplia repercusión. Todavía hoy, medio siglo después, es recordado, y de vez en cuando merece que alguien lo mencione.

La cuestión que en él se planteaba es una cuestión de alcance general; una cuestión que presenta gran complejidad y tiene universal vigencia (pues no sólo cabe preguntarse *para quién* se escribe, sino también *por qué*, *para qué* y *cómo*, temario de una sociología de la literatura); pero en aquella hora asumió una significación bien concreta, y por cierto muy subjetiva. Escritor todavía joven, me hallaba yo a la sazón desterrado en América, y ese escrito mío, tan difundido por entonces en los países hispanos de aquel continente, estaba vetado en España misma, como por lo demás cualquier otro de mi pluma.

El caso es que antes de la guerra civil ya había conseguido yo hacerme un nombre en el campo de las letras, pero el régimen político salido del conflicto procuraría, no sin eficacia, suprimirlo, borrándolo o tachándolo y excluyéndolo, en modo tal que este escritor carecía de acceso a quienes habían sido antes y hubieran debido seguir siendo sus lectores inmediatos. En el ensayo de marras intentaba buscar respuesta para los interrogantes acerca del sentido y condiciones a que, en aquellas circunstancias concretas; se veía sometida mi actividad literaria, como

la de tantos otros colegas también expatriados. Según dije al comienzo, los planteamientos que ahí se hacían tuvieron en su momento muy amplio eco.

Por supuesto, y sin perjuicio de cualesquiera limitaciones ambientales y dificultades materiales, yo debí seguir escribiendo como mejor pude, ya que ésa y no otra es mi vocación: la literatura. De entonces acá el tiempo ha corrido largamente, y al margen de su tan dilatada, agitada y alborotada corriente, jamás he dejado de escribir desde aquel momento hasta hoy. Así, entre tanto, muchísimas son las páginas redactadas por mí que han ido acumulándose en volúmenes sucesivos.

Debo decir que, desde el comienzo mismo, mi persistente y ya quizá demasiado prolongada actividad literaria encontró cauces alternativos por vertientes distintas, pues siempre y a la misma vez he cultivado diversos géneros de prosa; pero de entre toda esa copiosa y varia producción mía, pienso —me hago la ilusión de pensar— que el sector más perdurable, o menos perecedero, es el que está constituido por obras de ficción, construcciones imaginarias cuya gratuidad —pues a ningún fin práctico se encaminan— hace que aparezcan y de hecho funcionen como el vehículo más idóneo para expresar la intimidad de mi genuino ser. Siendo como son ficciones, pura invención de la fantasía, sin embargo en ellas me descubro ante mi lector con más autenticidad que en escritos discursivos abiertamente dirigidos a él.

Este sector de mi escritura, la ficción imaginaria, que por tal razón considero privilegiado, muestra —como no podía dejar de ocurrir, y esto aun permitiendo reconocer desde su fondo el acento propio del autor— una gran variedad, no sólo temática, sino también de formas y estilos. Toda obra

literaria responde ineludiblemente al contexto histórico donde vive enmarcado el hombre que la engendra (no otro es y debe ser el compromiso, tal vez tácito, del intelectual); y ¿quién duda de que durante nuestro siglo el curso de la historia ha prestado sucesivamente al mundo aspectos muy distintos, carices muy diversos, y por cierto demasiado horribles con frecuencia? Este escritor que soy yo ha evolucionado desde luego a compás de los tiempos, y también —claro está— por efecto de su espontáneo desarrollo interior. En una fase inicial, integrada por dos novelas de regular extensión, mi labor fue un aprendizaje solitario, sobre la base de mis previas lecturas de clásicos y modernos. Una segunda fase, la vanguardista, marcaría luego, en contacto con los poetas jóvenes de la época, un período de experimentación. Vino la República, estalló la guerra, y con ello me impuse una pausa en la tarea de creación imaginaria. Terminada la atroz contienda, y ya en el exilio, hube de reanudar mi tarea, ahora de nuevo en solitario, con el solo impulso de mi inventiva personal, pero, eso sí, con mucha experiencia artística y vital acumulada. Fueron años de intensa, plural e innovativa creación. Hasta que por fin, desde la década de 1960, y conforme iba restableciéndose paulatinamente la normalidad en la vida española, pudo mi producción literaria volver a hacer acto de presencia aquí, en mi tierra natal, con una eficacia cada vez mayor.

Me dispongo a hablar de mis libros, y en este pronombre posesivo: “mis”, quiero que se entiendan incluidos no sólo los libros que yo mismo he escrito a lo largo de mi vida, sino también, y quizá ante todo, los libros que he leído durante toda ella, y desde antes de que mi mano fuera capaz de trazar en el papel los primeros esbozos tanteando dar expresión a las fantasías de una infantil imaginación literaria, pues los unos son inseparables de los

otros; en el espíritu del escritor la literatura toda constituye un campo estrechamente solidario, y es lo cierto que sin aquellas primeras lecturas mis posteriores escritos no hubieran sido lo que llegaron a ser. Así, pues, las obras de los clásicos son también en cierto modo mías, porque yo me las apropié codiciosamente conforme iba descubriéndolas en las estanterías de mi casa natal para desentrañar como mejor podía sus palabras misteriosas, fascinantes, mal comprendidas con frecuencia y tal vez repetidas por mí sin haber entendido su significación.

Por supuesto, la casualidad de que tales libros —los de autores clásicos— estuvieran a mi pronto alcance fue para mí muy afortunada. Cierto que su a veces ardua lectura hubiera podido resultarme descorazonadora si mi curiosidad no fuese superior a cualquier obstáculo; pero es que, además, esa lectura laboriosa —“impropia de mi edad”, como se me decía— se alternaba con la de toda clase de otros papeles, aun los de calidad más barata, desde los tebeos, que empezaron a publicarse por aquellos años de mi precoz voracidad lectora, hasta novelas y novelones traducidos al español, y sobre todo los cuentos imprescindibles del benemérito editor Saturnino Calleja, que siempre me sabían a poco; y estas lecturas más livianas contrapesaban la carga exigente, aunque tan agradable y compensadora, de los autores antiguos. De la intensa felicidad libresco de mis años tiernos conservo vivo el recuerdo visual de los tomos del *Quijote* editados para el centenario por Navarro Ledesma: sus pastas en rojo y oro rebrillan todavía en mi memoria, como también conserva ella el color de las pastas, éstas verdes con letras negras, de los dos tomos de *La Regenta* que había en mi casa. Con todo, debo confesar que mi ansia de aventuras encontraba su más placentero recreo en las de *Los tres mosqueteros*, o en las penalidades luego vengadas de *El conde de Montecristo*, en las novelas

traducidas de Walter Scott, en otras de Ponson du Terrail y en los folletines de Fernández y González, especialmente su *Men Rodríguez de Sanabria* y *El Pastelero de Madrigal*, que marcarían fuerte huella en mi ánimo. Conviene advertir, sin embargo, que estas intrigas novelescas no acaparaban por entero mi atención literaria, pues también solía recrearme en la poesía de Bécquer, del Duque de Rivas y de Campoamor, cuyos versos eran objeto por aquel tiempo, no ya de lectura, sino de memorización y recitado en familia dentro de los círculos de la burguesía.

Con lo dicho, podría dar a pensar que fui yo uno de esos niños sabihondos, metidos de hoz y coque en los libros, para quienes no existe otro mundo que el de la letra impresa. Lejos de ello: mis horas de lectura placentera —muchas veces artera y furtivamente robadas a las raras veces gratas horas de estudio obligatorio—, por muy intensas que fueran en cuanto experiencia formativa, no lo eran más, por otra parte, que las infatigablemente dedicadas al juego, a las correrías, a las escapatorias, al libre ejercicio físico. Quienes conozcan mi libro de *Recuerdos y olvidos* notarían sin duda que —cosa rara en las memorias de un escritor— es bien poco lo que en él se dice a propósito de libros y, desde luego, nada, creo, acerca de las emociones y sentimientos suscitados por sus primeras publicaciones en el escritor primerizo que un día fui. El escritor primerizo suele aguardar con anhelante expectativa la aparición de sus colaboraciones en la prensa (Marcel Proust, por ejemplo —él lo cuenta—, acechaba ansiosamente el número de *Le Figaro* en que debiera salir un artículo suyo); el escritor primerizo suele detenerse una vez y otra con tímido disimulo y fingida indiferencia ante las vitrinas de las librerías a la espera de ver la cubierta de su recién publicado libro exhibida y así ofrecida al paseante; el escritor primerizo suele buscar reiteradamente, y la mayor parte de las veces

en vano, los comentarios que su obra pueda haber merecido al crítico prestigioso en las páginas de tal o cual publicación; y yo, como escritor primerizo, claro está que no hube de ser ajeno a esas pueriles cuitas, a esas emociones fútiles, pero tan profundas. La letra de molde es siempre para todo escritor —y no sólo para el primerizo— motivo de preocupación, de alegrías, de zozobras, de satisfacciones y de disgustos. Ver los trabajos de su mano impresos en negro sobre blanco quizá en una hoja estudiantil o en las páginas de una revista muy minoritaria suscita en el joven sensaciones particularmente agradables, matizadas de orgullo o vanidad, y a la misma vez malogradas casi siempre por el descubrimiento de las fatales erratas. Experiencia semejante se repitió con cierta frecuencia en mí a partir de los dieciséis o diecisiete años, cuando conseguí “colocar” un artículo en cierto semanario; pero luego un libro, nada menos que un libro, ¡ah!, ¡ésas son ya palabras mayores!

Acerca de sensaciones tales no es mucho, en efecto, lo que dejo traslucir en mis memorias, pero sí he referido la circunstancia fortuita y afortunada que me permitió ver publicada, a los diecinueve años de edad, mi primera novela, sin extenderme a describir la tímida y encantada excitación con que había repasado las pruebas de galera y luego esas pruebas mismas corregidas y ya compaginadas. Aquella edición de *Tragicomedia de un hombre sin espíritu* fue una edición modesta, hecha sin otra guía que la rutina del impresor, una buena rutina, es verdad, de sólida artesanía. Cuando redacto estas líneas tengo ante la vista un ejemplar encuadernado, aquel que en su momento dediqué a mis padres: se trata, como decía, de una edición modesta, pero digna.

El ambiente del Madrid literario era para aquellas fechas, 1925, variado, abierto y vivaz. Esa novela fue recibida con

benévolo aplauso por la crítica más autorizada, y yo me sentí pronto aceptado en la comunidad de las letras, incluido, por así decirlo, en el circuito profesional. En seguida me apliqué, pues, a redactar una segunda novela, a la que pondría por título *Historia de un amanecer*. También he referido en mis memorias algo sobre la publicación, el año siguiente, de este segundo libro, y cómo se hizo a expensas de un editor aficionado, un joven y entusiasta profesor de literatura, Ángel Lacalle, con quien volvería a encontrarme muchos años más tarde, regresado yo a España tras de mi exilio. Como tantos otros miembros de la vitanda profesión docente, Lacalle había sido perseguido y maltratado aquí, entre tanto, por la dictadura franquista. Seguro estoy de que, en su día, mi novela fue para él un pequeño quebranto económico. Tampoco a mí, como autor, me produjo satisfacción alguna, y no me refiero al aspecto crematístico (eso va por descontado), sino en cuanto a empresa literaria. Corresponde ese libro a un momento de desorientación mía, del que intenté salir, y salí, creo que no sin acierto, ensayándome a través de la experimentación vanguardista con algunas prosas redactadas según la estética más avanzada.

Varias narraciones breves inspiradas en esa estética se agruparon bajo el título de una de ellas, *El boxeador y un ángel*, con un retrato mío dibujado a lápiz por Timoteo Pérez Rubio, en un lindo tomito de la Colección “Cuadernos Literarios” de La Lectura. De esos años fue también un libro de ensayos, *Indagación del cinema*, cuidado volumen aparecido bajo el sello de Mundo Latino en la entonces floreciente Compañía Iberoamericana de Publicaciones; y en fin, *Cazador en el alba*, publicado por una entonces nueva e innovadora editorial, Ulises. Este librito llevaba en la portada un delicado dibujo encargado por los editores a un muchacho de mi edad de quien,

corriendo el tiempo, supe que había sido asesinado en Madrid durante la guerra civil, uno de tantos absurdos asesinatos, con el que se malograría quien, sin duda, hubiera llegado a ser un artista de alta calidad. Aquel dibujo que hizo él para mi libro fue luego “parafraseado” en la cubierta de la edición que mucho más tarde, en 1971, publicaría Seix-Barral en Barcelona.

Esos fueron los libros míos que se publicaron en España antes de la guerra civil. A raíz de ésta, y ya en Buenos Aires, reanudaría yo mi actividad literaria en otro ambiente y bajo muy distintas circunstancias —circunstancias, hay que decirlo, sumamente favorables dentro de aquel contexto histórico—, pues mientras España quedaba aplastada, deshecha y sofocada junto a una Europa en llamas, me fue dado a mí poder reemprender mi trabajo, acogido ahora por una comunidad literaria bastante afín a la de mis comienzos españoles y con el respaldo de un público lector muy refinado. En Argentina estaba creciendo por entonces la industria del libro que la guerra había desmantelado en España, y allí se editaba con notable arte y elegancia. La colección en que mi relato *El Hechizado* vio la luz, “Cuadernos de la Quimera”, era una colección exquisita, y ese pequeño volumen es conservado hoy día por muchos lectores como pieza de bibliófilo. *El Hechizado* es uno de los relatos que entrarían poco después a integrar el volumen titulado *Los usurpadores*, publicado por la Editorial Sudamericana en 1949, el mismo año en que por su parte la Editorial Losada publicaba otro libro mío, *La cabeza del cordero*, volúmenes con los que se abriría una nueva fase de mi producción literaria.

Hasta aquí he hecho balance de mis lecturas precoces y de los primeros libros escritos de mi mano. Nadie tema que

continúe todavía la relación; pues si ello sería para mí tarea fatigosa, ¿qué no lo sería para quien hubiera de leerlo! Debo advertir por otra parte que, cualquiera que pudiese haber sido mi afición al libro como objeto, los avatares de mi vida han impedido que esa afición se me convirtiera en manía. En la guerra civil se dispersó la ya no tan mínima biblioteca que hasta entonces había juntado, en la que figuraban no pocos ejemplares dedicados cuya pérdida lamento, muy en especial varias primeras ediciones de la novela de Azaña *El jardín de los frailes*, de *La rebelión de las masas* que Ortega me regaló, y del *Romancero gitano* adornado con los cariñosos garabatos de Federico. La incomodidad de mis sucesivos traslados y otros inconvenientes bastaron luego a desanimar en mí cualquier veleidad de coleccionismo. Baste, pues, con lo dicho. Mi vida ha sido una larga vida de escritor, y escritor sigo siendo hasta la fecha. Pero, como digo, no he de abusar de mis oyentes extendiendo en demasía este recuento. Baste, pues, con lo dicho.

No quiero terminar, sin embargo, antes de haber reiterado mi profundo reconocimiento a la Universidad de Granada, que en el día de hoy me acoge en su seno al otorgarme el título de doctor *honoris causa*, al Departamento de Lingüística General y Teoría de la Literatura, que así lo propuso, a los Departamentos de Derecho Constitucional, Ciencias Políticas y de la Administración, y Sociología y Psicología Social que se sumaron a la propuesta, y al profesor Antonio Sánchez Trigueros, cuya sabiduría y perspicacia crítica me han procurado en ocasiones varias la más genuina de las satisfacciones a que un escritor puede aspirar: la del cabal entendimiento y comprensión de su obra, regalo inestimable que sólo puedo retribuirle con el sentimiento de una muy afectuosa amistad. Al Excmo. Sr. Rector, a los ilustres maestros aquí presentes, y a todos

ustedes quienes han tenido la paciencia de escuchar mis palabras, les doy asimismo las más rendidas gracias.

*Curriculum Vitae del Prof. Dr. D. Francisco Ayala
García-Duarte*

Cronología

1906 Nace en Granada.

1922 Se traslada a Madrid. Estudia Filosofía y Letras y Derecho. Publica sus primeras novelas.

1931/1936 Proclamada la República, ingresa en el cuerpo de Letrados del Congreso y gana una cátedra universitaria de Derecho Político.

1936-1939 Trabaja al servicio de la República como funcionario del Ministerio de Estado. Al término de la guerra, se instala en Argentina. Realiza tareas docentes y editoriales.

1950 Se traslada con su familia a Puerto Rico como profesor de esa Universidad.

1956 Inicia su época de profesor de Literatura Española en diferentes Universidades de Estados Unidos.

1960 Regresa por vez primera a España.

1972 Premio de la Crítica Española por *El jardín de las delicias*.

1977 Tras jubilarse como profesor, recibe por Northwestern University el título de "Doctor in Literature".



1983 Premio Nacional de Literatura (Narrativa) por sus *Recuerdos y olvidos*.

1984 Pronuncia su discurso de ingreso en la Real Academia Española, sobre “La retórica del periodismo”.

1986 Inaugura la Cátedra “Juan Carlos I” de la New York University.

1987 Recibe la Medalla de Oro de la Ciudad de Granada.

1988 Premio Nacional de las Letras Españolas. Doctor *honoris causa* por la Universidad Complutense.

1989 Premio de las Letras Andaluzas.

1990 Hijo Predilecto de Andalucía.

1991 Premio Miguel de Cervantes.

1994 Doctor *honoris causa* por la Universidad de Sevilla.

Premio de Investigación de Humanidades “Ibn Al Jatib”.

Doctor *honoris causa* por la Universidad de Granada.

Bibliografía selecta de Francisco Ayala García-Duarte

I. Obras narrativas

Tragicomedia de un hombre sin espíritu. Madrid, 1925.

Historia de un amanecer. Madrid, 1926.

El boxeador y un ángel. Madrid, 1929.

Cazador en el alba. Madrid, 1930.

Los usurpadores. Buenos Aires, 1949.

La cabeza del cordero. Buenos Aires, 1949.

Historia de macacos. Madrid, 1954.

Muertes de perro. Buenos Aires, 1958. (1.^a edición en España: Madrid, 1968).

El fondo del vaso. Buenos Aires, 1962.

El As de Bastos. Buenos Aires, 1963.

Mis mejores páginas. Madrid, 1965.

El rapto. Madrid, 1965.

Cuentos. Madrid/Barcelona, 1966.

Obras narrativas completas. México, 1969.

El jardín de las delicias. Barcelona, 1971.

Cazador en el alba y otras imaginaciones. Barcelona, 1971.

El Hechizado y otros cuentos. Madrid, 1972.

El rapto, Fragancia de jazmines y Diálogo entre el amor y un viejo. Barcelona, 1974.

El jardín de las delicias. El tiempo y yo. Madrid, 1978.

De triunfos y penas. Barcelona, 1982.

De raptos, violaciones, macacos y demás inconveniencias. Barcelona, 1982.

El jardín de las malicias. Madrid, 1988.

Relatos granadinos. Granada, 1990.

Narrativa completa. Madrid, 1993.

II. Memorias

Recuerdos y olvidos 1: Del paraíso al destierro. Madrid, 1982.

Recuerdos y olvidos 2: El exilio. Madrid, 1983.

Recuerdos y olvidos 1: Del paraíso al destierro. 2: El exilio. 3: Retornos. Madrid, 1988.

III. Ensayo y crítica literaria

Indagación del cinema. Madrid, 1929.

Histrionismo y representación. Buenos Aires, 1944.

La invención del Quijote. Puerto Rico, 1950.

Breve teoría de la traducción. México, 1956.

Experiencia e invención. Madrid, 1960.

Realidad y ensueño. Madrid, 1963.

Reflexiones sobre la estructura narrativa. Madrid, 1970.

El Lazarillo: reexaminado. Nuevo examen de algunos aspectos. Madrid, 1971.

Los ensayos. Teoría y crítica literaria. Madrid, 1972.

Confrontaciones. Barcelona, 1972.

Cervantes y Quevedo. Barcelona, 1974.

La novela: Galdós y Unamuno. Barcelona, 1974.

El escritor y su imagen. Madrid, 1975.

El escritor y el cine. Madrid, 1975.

Palabras y letras. Barcelona, 1983.

La estructura narrativa y otras experiencias literarias. Barcelona, 1984.

La retórica del periodismo y otras retóricas. Madrid, 1985.

La imagen de España. Madrid, 1986.

Mi cuarto a espadas. Madrid, 1988.

Las plumas del fénix. Estudios de literatura española. Madrid, 1989.

El escritor en su siglo. Madrid, 1990.

IV. Estudios sociológicos

El derecho social en la Constitución de la República española. Madrid, 1932.

El pensamiento vivo de Saavedra Fajardo. Buenos Aires, 1941.

El problema del liberalismo. México, 1941.

Oppenheimer. México, 1942.

Historia de la libertad. Buenos Aires, 1943.

Los políticos. Buenos Aires, 1944.

Razón del mundo. Buenos Aires, 1944.

Ensayos sobre la libertad. México, 1945.

Jovellanos. Buenos Aires, 1945.

Tratado de sociología. Buenos Aires, 1947.

Ensayos de sociología política. México, 1951.

Introducción a las ciencias sociales. Madrid, 1952.

El escritor en la sociedad de masas. México, 1956.

Tecnología y libertad. Madrid, 1959.

De este mundo y el otro. Barcelona, 1963.

España a la fecha. Buenos Aires, 1965.

Hoy ya es ayer. Madrid, 1972.



Biblioteca Universitaria de Granada



01042331